



Hans Rosero y Tiag, su tercer hijo, son la fuente de una motivación especial. El amor es una ruta de ida y vuelta, en la cual se brinda y se recibe.

tada) de sus padres. Nunca olvida a su hermano Juan Esteban, quien convertía una reunión aburrida en una fiesta. La exigencia es autónoma y se apodera de ella, con su nuevo hogar ingresa a otra etapa en la que, cualquier resultado, es de responsabilidad suya. Espera tener salud para que le funcione todo y le permita armar ideas. La creatividad ha sido el signo de su vida.

Viviana solo quiere, con su cine, ser consecuente con lo que narra. Sus historias son el reflejo de su vivencia real, del contacto con la gente, de la conversación y participación de los actores, con los nuevos talentos, de actuaciones más humanas que técnicas (donde se perciba el espíritu de las personas) y recibir las mejores y peores intenciones de la más

elemental crítica. A quién le gustaría alguna vez sentarse a conversar con Colette, se sostiene con el papel y la pluma para asegurar un momento más de existencia y de contemplación del mundo. Le teme a todo y la muerte no le gusta porque le parece muy cruel, una partida salvaje y terrible. No soporta el fanatismo ni la estupidez humanas.

Al igual que el cine que se confecciona en Ecuador, el destino de Viviana Cordero o el de sus propuestas en la pantalla, en el teatro o en los libros, no tiene guión ni fecha de estreno. En un camino con competencia y pertenencias, ella transita entre lo correcto y lo no tan bueno para negarse a continuar desnudando la imprecisa realidad que la acompaña siempre.